

10 puertas en la vida del Hno. Gabriel

Toda puerta tiene un gran potencial simbólico: es un lugar de paso. Para quien atraviesa el umbral representa un cambio de situación. Una puerta nos da siempre una doble perspectiva: un adentro y un afuera, el interior y el exterior. Una puerta define un espacio y abre a otro: es el lugar donde se efectúan todos los momentos y los ritos de paso.

Vamos a fijarnos en diez puertas que existieron en la vida del Hno. Gabriel Taborin (y que existen todavía hoy) y que nos permiten acercarnos a algunos momentos particularmente evocadores y significativos de su trayectoria.

La puerta del cementerio de Belleydoux



La iglesia donde Gabriel dio los primeros pasos como cristiano y donde sirvió como animador en los años de su juventud se encontraba en medio del cementerio. La iglesia parroquial actual, que representa todo el esfuerzo del pueblo de Belleydoux para reconstruirse en todos los sentidos después de la Revolución Francesa, fue consagrada por Mons. Devie en 1833.

Así pues, la puerta del cementerio era el lugar de acceso a la iglesia (una iglesia que se encontraba en muy mal estado después de la destrucción de su campanario). En ella recibió Gabriel los primeros elementos de la doctrina cristiana y del aprendizaje de parte de su párroco. En ella recibió la primera comunión en 1810. Fue un momento clave en su crecimiento humano y cristiano, que él mismo describe muchos años después: “Tuve el gozo de hacer la primera comunión a la edad de 11 años en la iglesia de mi parroquia natal. Fue el día de la fiesta de la Santísima Trinidad y me había preparado a este acontecimiento con un retiro. Nunca se ha borrado de mi corazón el día de mi primera comunión, y ha dejado en él felices y religiosos recuerdos. ... Mis padres, a quienes profesaba el más tierno amor y que tanto me querían, me sacaron del pueblo después de la primera comunión para llevarme primero al internado de Saint-Germain y después al seminario menor de Châtillon, donde permanecí algunos años” (*Autobiografía*).

En esa puerta podemos ver el final de la edad infantil de Gabriel para pasar a los años de su adolescencia y juventud en los que descubre su vocación de Hermano, que madura lentamente durante los estudios y la práctica profesional concreta del magisterio en la casa familiar y de servicio a las actividades pastorales de la parroquia.

En esa misma iglesia tuvo lugar otro momento de ruptura y de salida, cuando Gabriel a los 25 años decide abandonar su pueblo natal para responder a la llamada de Dios a la vida religiosa. “Había llegado el momento marcado por la divina providencia de que yo abandonara el mundo y mi pueblo para abrazar la vida religiosa. No pudieron detenerme ni las lágrimas de mis padres y amigos ni las perspectivas de futuro que tenía en el mundo. Pedí, pues, la bendición de mi padre, de mi madre y también la de nuestro Salvador en aquella iglesia de mi parroquia. Allí derramé lágrimas acordándome de las gracias que había recibido y de las funciones que había desarrollado durante tanto tiempo y con tanta satisfacción” (*Autobiografía*).

[La puerta de la iglesia de Les Bouchoux](#)



En la iglesia de Les Bouchoux tuvo lugar para Gabriel el paso del estado de vida laical al estado religioso: desde entonces ya nunca abandonaría el hábito religioso, aun sin haber pronunciado los votos hasta más tarde, siempre se consideró un religioso. Para él fue un paso decisivo que lo llevó además a ser el Fundador de una Congregación religiosa. Sus memorias manifiestan la altura espiritual en la que vivió el acontecimiento de su entrega total a Dios. Cuando salió de la iglesia de Les Bouchoux vivió la intensa alegría y la libertad de los hijos de Dios. Ante él se abría una nueva vida dedicada a guiar su comunidad dedicada a la educación y al servicio de la iglesia.

El mismo lo cuenta así: “Por orden del obispo de Saint-Claude tomé solemnemente el santo hábito religioso en 1824, el segundo domingo de octubre, en la iglesia de Bouchoux, que está a una hora y media de camino de mi pueblo natal. Me preparé a esta ceremonia tan emotiva, junto con mis cinco compañeros, con un retiro en la casa parroquial de Les Bouchoux. El venerable P. Charvin, misionero, canónigo y párroco de Les Bouchoux, fue quien corrió con los gastos originados por aquel retiro y por la ceremonia que lo siguió. Para aquella circunstancia se reunieron al menos ocho mil personas. Asistió mi familia y un gran número de miembros del clero. Todos estaban conmovidos, sobre todo, al escuchar el hermoso sermón pronunciado por el P. Charvin sobre la verdadera libertad de los hijos de Dios y sobre las inmensas ventajas que ofrece la vida religiosa. Me resultaría difícil describir la alegría interior que experimenté y la belleza de una ceremonia tan conmovedora en la que yo era protagonista y que resultaba totalmente nueva en aquellas comarcas para nuestra gente que era, sin embargo, tan religiosa. Ese día fue sin lugar a dudas uno de los más hermosos y consoladores de mi vida. Conservo de él un grato recuerdo, que jamás se ha borrado de mi corazón. En seguida se presentaron mil circunstancias para desviarme de mi vocación. Pero puedo afirmar que había prometido sinceramente el día de mi toma de hábito entregarme al Señor para siempre, y nada pudo desviarme de ese estado predilecto: antes hubiera preferido perder la vida. Dios por su parte, en su infinita bondad, me ha mantenido en él hasta este momento, y en él moriré por gracia suya.

Inmediatamente después de la toma de hábito, volví a Saint-Claude con mis compañeros. Nos confiaron inmediatamente el servicio de la catedral y la dirección de las escuelas, a las que acudían los niños de la ciudad”. (*Autobiografía*)

La puerta de la escuela de Saint-Claude



Todavía hoy (y quizá con el mismo número) existe la puerta de entrada a la escuela, cuyo edificio había sido antes del Revolución Francesa un convento de Carmelitas descalzos, y donde el Hno. Gabriel empezó con sus Hermanos la actividad docente en Saint-Claude (Jura). Cuando el Hno. Gabriel cruzó por esta puerta por última vez, estaba solo. Los “felices comienzos” duraron solamente unos meses. En ese momento vivió toda la amargura del abandono y al mismo tiempo la certeza de una llamada interior que lo daba fuerza para permanecer fiel y continuar su camino con la incertidumbre de las circunstancias exteriores. Ante él se abría un período de pruebas y de fracasos, de vida itinerante y de repetidos intentos de volver a formar su comunidad.

El lo expresa de este modo: “Pero, por desgracia, estos felices comienzos pasaron con tanta rapidez como un relámpago. Dios quería que esta obra pasara por el crisol de una gran prueba, seguida de muchas otras tribulaciones, las cuales han sido siempre a través de los siglos la herencia y la marca de las obras de Dios. Mis cinco compañeros, aunque en el fondo eran gente buena, se desanimaron como consecuencia de algunas consideraciones de poco peso y me dejaron, con otro Hermano, encargado de cerca de trescientos alumnos, más el servicio de la catedral y el cuidado de nuestra pequeña casa. Padecí esta humillante prueba, que era la primera, con una gran resignación, diciéndome: si esta obra es solamente tuya, es una obra que ha nacido muerta; pero si es la obra de Dios, él sabrá sostenerla frente a todos y contra todos.

No pudiendo atender a tanto trabajo, fui enviado por el obispo a Jeurre, una pequeña parroquia cercana a Saint-Claude, de la cual siempre he guardado un grato recuerdo”. (*Autobiografía*)

La puerta del castillo de Champdor



En la puerta del castillo del barón Montillet de Champdor, hoy propiedad del ayuntamiento y sede de sus actividades culturales, debió tener lugar la escena que el Hno. Gabriel narra en sus memorias. Esa escena ocurrió durante la segunda permanencia del Hno. Gabriel en esa localidad, en el verano de 1831. El Hno. Gabriel mismo admite que se trató de una sutil tentación y de un momento de discernimiento. De un lado estaba la posibilidad real de una vida fácil, del otro la fidelidad a la llamada de Dios, confirmada por la confianza que el obispo Mons. Devie había empezado a darle. El Hno. Gabriel percibe con toda claridad la situación y no duda ni un instante en la decisión que debe tomar. Ante él se abre el horizonte de afianzar definitivamente su fundación.

He aquí su relato: “En el castillo era realmente feliz según el mundo: una mesa suntuosa, lujosos apartamentos, un trabajo que me ocupaba apenas una hora al día, buena paga, una renta para el futuro, y todo ello asegurado por un documento en toda regla, del que conservo aún una copia. Pero todo eso distaba mucho de cautivar mi corazón. No hacía más que gemir, y me volví sombrío y soñador. Estaba como el pez fuera del agua, y trataba de volver a mi medio natural de vida. Sin embargo, el barón me tomó afecto y quería absolutamente que me quedara allí. Me decía: Mire qué hermoso futuro le espera en mi casa, no tengo mujer ni hijos, mis posesiones y rentas son grandes, tengo con qué proporcionarle una buena posición; ¿Qué va a sacar dando clases a los niños, si no es sufrimientos y, la mayor parte de las veces, ingratitudes? ¿Qué va a sacar formando Hermanos, sino crearse una infinidad de problemas y preocupaciones, además de cargar con una gran responsabilidad? Además, ¿de dónde va a sacar para mantenerlos? Hágame caso y quédese aquí conmigo. No digo que estas reflexiones no me afectaran; pero no pudieron vencerme. En cuanto vi que la tormenta, temida en un primer momento ante los acontecimientos políticos de 1830, no tenía las fatales consecuencias previstas, en seguida hice todo lo posible para volver inmediatamente a Belmont. Deseaba dedicarme en cuerpo y alma a mi primera vocación, a la que no había renunciado yendo al castillo de Champdor. Por fin, después de mucha insistencia, el barón consintió en dejarme marchar, pero no lo hizo de buena gana. Consideró mi marcha como una ofensa personal y como un desprecio a sus ofertas, que eran tan ventajosas para mí. Murió tres años después de que yo saliera de su casa, donde no permanecí ni siquiera un año.

Mi vuelta a Belmont suscitó gran alegría entre la gente de bien...” (*Autobiografía*).

La puerta de la casa de Belmont



Durante once años el Hno. Gabriel entró y salió por la puerta de la casa de Belmont mientras su obra arraigaba: idas y venidas a la iglesia parroquial, salidas y regresos de viajes un poco más largos a Belley, a Lyon para pedir limosna, a Hautecombe (al regreso de uno de esos viajes fue atacado por un malhechor “una vez llegado a casa, le agarró un temblor general de todo el cuerpo, que, afortunadamente, no tuvo consecuencias nocivas”, *Vida*). El Hno. Gabriel entregó la llave de esta puerta de forma simbólica a Mons. Devie en su primera visita con estas palabras: “Es, Monseñor, el fundador, el padre y el sostén de nuestra pequeña Congregación; reciba pues la llave de este asilo de paz donde nadie debe entrar si no se esfuerza en marchar por la práctica de las virtudes de las que usted es el modelo”. (*Palabras de homenaje*).

La fundación del Instituto de los Hermanos de la Sagrada Familia se produjo cuando en esta casa el internado de jóvenes se transformó a lo largo de los años en Noviciado: esa fue la “cuna” y el “núcleo de la obra”. Las muchas entradas y salidas dan una idea de la lenta transformación que se produjo en esta casa para que el internado de jóvenes se transformara en Noviciado de una Congregación religiosa, dotada de un nombre, de una regla de vida, un espíritu y un dinamismo de crecimiento. Para el Hno. Gabriel es el paso definitivo del “yo” al “nosotros”, y más aún a ser el animador responsable del grupo como Superior de por vida.

“La parroquia de Belmont, cerca de Belley, fue elegida para ser la cuna de nuestra Sociedad y para formar en ella nuestra primera casa de noviciado. Llegué a ella en los primeros días de noviembre de 1829. Fui muy bien acogido por la respetable familia De Lauzière, que me protegió y me hizo muchos favores en varias circunstancias, porque estaba muy interesada en que mi obra arraigara en ese pueblo por el bien que podía hacer. Compré una casa en Belmont y abrí en ella un internado, que fue autorizado por el Consejo Real. Ese internado se convirtió en el núcleo de nuestra obra” (*Autobiografía*).

La salida definitiva de la casa de Belmont se produjo por una crisis de crecimiento: la comunidad era demasiado numerosa para albergarse en ella. Entre internos, postulantes, novicios y Hermanos eran unas cincuenta personas. Se imponía una ampliación de la vivienda y también un acercamiento a la sede de la diócesis.

“La casa de noviciado de Belmont era ya totalmente insuficiente para acoger a los postulantes que se presentaban. Creímos que sería mejor trasladar el noviciado a Belley; comunicamos este proyecto a Mons. el Obispo que aprobó gustoso esta idea. Pero era necesario vender nuestra casa de Belmont y encontrar otra lo suficientemente espaciosa en Belley. En ese momento la cosa pareció bastante difícil. Sin embargo, llegamos a comprar el antiguo convento de las Hermanas de Santa María, que pertenecía al hospital de Belley. Fue el Sr. Sybuet, alcalde de esta ciudad, quien en un documento privado nos hizo esta venta. Contando con esta adquisición, vendimos nuestra casa de Belmont. Sintiéndonlo mucho nos despedimos de este lugar en que habíamos permanecido once años” (*Autobiografía*).

La puerta del palomar en el huerto del obispado de Belley



Grande fue la sorpresa del Hno. Gabriel y de todo el grupo cuando llegados a Belley se encontraron con que el contrato de compraventa del convento había sido anulado. Fue un momento de extrema dificultad y de incertidumbre.

“Nos vimos, pues, en la calle, con cerca de cincuenta personas, tanto Hermanos como novicios, y nuestra casa de Belmont ya estaba vendida. ¿Qué hacer? Estábamos ante una situación semejante a la que sufrieron nuestros Santos Patronos, María y José, cuando fueron a Belén. Parecía que todos nos rechazaban, y no encontrábamos una casa que comprar o alquilar. El santo Obispo fue el único que se compadeció ante nuestra dolorosa situación. Si hubiese dependido de su corazón paternal, nos habría hospedado en el palacio episcopal, pero vio inconvenientes en ello. Le vino la idea que en su huerto había una casita que servía de palomar y nos lo cedió. El edificio contaba sólo con dos habitaciones, un desván y una bodega, y allí fue necesario alojarse 46 personas durante un mes, y acomodarse para tener dormitorio, refectorio, cocina, capilla, etc. En este estado de penuria, nuestros enemigos se reían de nosotros y esperaban nuestra inminente ruina. No podían ni siquiera imaginar que un día íbamos a fijar allí mismo definitivamente nuestra residencia y que la Providencia nos reservaba uno de los más hermosos solares y una de las más bonitas casas de la ciudad episcopal” (*Autobiografía*).

Podemos imaginar al Hno. Gabriel saliendo todos los días varias veces de ese edificio hasta lograr encontrar una casa para la comunidad. El Hno. Federico, en la *Vida de Hno. Gabriel*, da todo el alcance y significado de ese acontecimiento: “Cuanto estuvimos allí lo recordamos con admiración: jamás se oyó ni a novicios ni a Hermanos una palabra de queja; tampoco murmurar, ni siquiera ligeramente, ni expresar desánimo en medio de aquella situación de incomodidad general, de extrema necesidad que se experimentaba día y noche. Aquel espíritu estupendo hizo concebir las mejores esperanzas, de cara al porvenir de nuestra naciente Congregación”.

La puerta de la basílica de Santa María la Mayor de Roma



El decreto de aprobación del Instituto dice en su parte final: “Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el 28 de agosto de 1841, undécimo de nuestro pontificado, Gregorio XVI”. Se sabe que esas expresiones obedecen a la costumbre de fechar en una de las basílicas mayores de Roma algunos documentos pontificios. Para el Hno. Gabriel la aprobación del Instituto quedó así unida a la basílica construida para honrar el título de “Madre de Dios” de la Virgen María, que alberga la reliquia del pesebre donde nació Jesús y cuyo arco de triunfo está ornado por un magnífico mosaico con escenas de la infancia de Jesús. La puerta de esa basílica puede simbolizar ese momento de apertura a la Iglesia universal del Instituto.

El Hno. Gabriel vivió con mucha esperanza, pero también con inquietud su viaje a Roma para pedir la aprobación del Instituto. En una carta enviada al Capellán y al Vicesuperior de Belley dice: “Tengo la santa esperanza de obtener esta gracia, esto ha sido el principal y diría el único motivo de este mi largo viaje; pero, por las razones dichas anteriormente, no creo que pueda volver con la autorización de nuestro Instituto” (01-06-1841).

Aunque no pudo obtener la aprobación de la Regla, el hecho de que la Iglesia aprobara el Instituto fue para el Hno. Gabriel el cumplimiento de uno de sus deseos más profundos y a la vez la posibilidad de darle nuevas perspectivas. La experiencia del paso por Roma dio al Hermano Gabriel una dimensión más amplia y firme de su fe y al Instituto que había fundado la posibilidad de ponerse en sintonía con la Iglesia universal y de implantarse por todas partes. En una carta a su amigo el P. Roland dice: “Tengo aún algo más consolador que comunicarle. He viajado a Roma, permanecí en ella tres meses. Tuve la dicha de ver al Padre común de los fieles 14 veces y varias veces hablé con él; me ha colmado de beneficios y favores. Solemnemente ha autorizado por un *Breve* nuestra Sociedad y la ha enriquecido con indulgencias. No puedo contar estas cosas sin sentirme emocionado por tantos favores. Hace algunos años, y sobre todo en los comienzos de nuestro Instituto, no pensaba que nuestra Sociedad tan contrariada y sacudida al principio, sería un día aprobada por el Soberano Pontífice. Pero veo que cuando Dios dirige las cosas, siempre resultan bien” (05-10-1841). Y al Sr. Juan Bautista de Rossi “Nuestro digno y santo Obispo ha recibido y me ha remitido el *Breve* epistolar por el cual el Soberano Pontífice reconoce nuestra Sociedad. El *Breve* es hermoso; no podía desear una cosa mejor; se lo enviaré más tarde cuando lo imprimamos. En este *Breve* el Papa alaba nuestra Sociedad y le desea toda clase de prosperidades, la bendice y recuerda el viaje que hice a Roma para hacerla reconocer. Anuncia que nuestras Reglas, aprobadas por Monseñor de Belley, también lo serán por la Santa Sede, después de un atento examen para agregar o cambiar lo que creyere conveniente para nuestro bien y la gloria de Dios” (03-11-1841).

La puerta de la sacristía de Ars



Si se conserva hasta hoy la sacristía y la iglesia del Santo Cura es porque el pueblo de Ars se opuso valientemente al proyecto de construir en su lugar la nave central de la basílica, como había sido proyectada.

En la pequeña sacristía, donde está el confesionario usado por el santo Cura para confesar a los hombres, se produjo la conocida y emotiva escena entre el P. Vianney y el Hno. Gabriel, cuando éste le llevo algunos ejemplares de su libro *El Ángel conductor de los peregrinos de Ars*, recientemente escrito. El Hno. Gabriel la narra así ante el tribunal de la causa de beatificación del Siervo de Dios: “Al día siguiente por la mañana, habiéndome visto en la iglesia, me hizo una señal para que lo acompañara; tenía un aspecto de aflicción y de severidad extraordinarias. Yo lo seguí hasta la sacristía, cerró la puerta y me dijo muy agitado y vertiendo abundantes lágrimas: "Amigo mío, no lo creía capaz de escribir un mal libro: -“¿Cómo pues?”, dije. – “Es un mal libro, es un mal libro. Dígame en seguida cuánto le ha costado y se lo reembolsaré, luego lo quemaremos". Mi asombro era enorme y le pregunté de nuevo por qué ese libro era malo. "¡Es un mal libro, es un mal libro!", replicó. - "Pero ¿por qué, Padre?". -"Habla de mí como de un hombre virtuoso, como si fuera un santo, mientras que soy sólo un pobre ignorante, el más miserable de los sacerdotes". - "Pero, Padre, yo he mostrado este libro a sacerdotes cultos; Monseñor Devie ha visto todas las pruebas de imprenta y ha dado su aprobación, éste no puede ser un mal libro". Sus lágrimas continuaban aumentando. "- Pues bien, suprima todo lo que se refiere a mí, y entonces será un buen libro". A mi vuelta de Ars, yo informé inmediatamente a Monseñor de lo que había pasado. "¡Qué lección de humildad nos da a usted y a mí este santo sacerdote!", me dijo.

Mons. Devie había recordado al Hno. Gabriel varias veces la importancia de enraizar el crecimiento de las virtudes en la humildad. Quizá aquella lección del Santo Cura dada a ambos fuera la más eficaz.

La puerta del monasterio de Tamié



El proyecto del Hno. Gabriel sobre el monasterio de Tamié era ambicioso: hacer una segunda casa de Noviciado, una casa de retiro para los Hermanos y para sacerdotes y seglares, al que se añadiría un internado para adolescentes.

Como le manifestó a Mons. Billiet arzobispo de Chambéry, deseaba idealmente que fuera para él mismo y para otros la “puerta del cielo”, como le decía en una carta del 28/02/1856: "Excelencia, llevo mucho tiempo dándole vueltas en presencia de Dios en al asunto de Tamier. Si pudiera comprarla y llevar a cabo los proyectos que tengo sobre esa casa, creo que llegaría a ser la puerta del cielo para muchas almas”.

Deseaba así dar un alma a aquel gran edificio abandonado: “Como hemos dicho, el convento de Tamié fue reparado, pero es un cuerpo sin alma. Ya no hay en él sacerdotes, la campana del convento no llama a los fieles a la oración y al divino sacrificio; la puerta del santuario está cerrada y los piadosos habitantes de las localidades vecinas no pueden venir a rendir homenaje y adoración a Jesucristo en el vasto y hermoso templo del convento. Siente haber perdido a los misioneros como sus abuelos sintieron haber perdido a los religiosos, que eran la gloria y la riqueza del valle. Las llaves del edificio las tiene el guardián del lugar, el honrado Sr. Juan Favre, hombre notable por sus principios religiosos que siempre ha profesado. Este lugar bendito, consagrado a la oración y a las buenas obras, y en otro tiempo habitado por santos, ¿podía permanecer en el estado de muerte en que se hallaba después de la gran revolución y después de la partida de los misioneros? No, la Providencia, guardiana de todas las cosas, parece haber dispuesto todo para hacer llegar de nuevo a este lugar la oración y la caridad, para que sea morada de descanso de quienes quieran vivir, bajo la mirada de Dios, en medio de este agradable retiro, siendo a la vez útiles al prójimo” (Circular de 1857).

El Hno. Gabriel llegó a Tamié para fiesta de la Ascensión de 1856 y tuvo que resignarse a venderlo en 1861, por varias razones externas e internas a la Congregación.

En vez de terminar sus días en esa “morada de descanso” tuvo que continuar combatiendo con sus Hermanos “en el llano”. Como escribía al P. Abad de la Trapa La Grâce-Dieu (Doubs) en el momento de la venta: “Hoy este gran acto se completó con la venta que hice a sus cuatro excelentes religiosos y que le

anuncio. Espero que este acto una para siempre a nuestras dos congregaciones y que siempre sus miembros sean verdaderos hermanos en Jesucristo, y mientras los de la Sagrada Familia combatirán en el llano, los bienaventurados hijos de La Grâce-Dieu y de Tamié rezarán por ellos en su querida soledad (12-10-1861).

Saber pasar del “llano” de la vida activa a la “montaña” de la contemplación y regresar nuevamente al combate de la vida ordinaria es un movimiento vital para el crecimiento en la vida espiritual. Es cierto que, como dice San Francisco de Sales, cada uno debe florecer allí donde ha sido plantado. Pero es cierto también que en todo tipo de vida se requieren lugares y momentos de silencio, de oración y de contemplación, aunque no sean muy prolongados para quienes están llamados a continuar el combate de la vida activa.

La puerta de la casa madre de Belley



Es ésta la puerta seguramente la más frecuentada por el Hno. Gabriel. Hay que recordar además de las salidas y entradas de la vida cotidiana, los muchos viajes del Hno. Gabriel: para tratar asuntos del Instituto, para visitar las comunidades y escuelas de los Hermanos...

El Hno. Gabriel mediante las diversas transformaciones y ampliaciones de la Casa Madre había logrado dar a la fachada de la calle du Chapitre, donde está la puerta principal, una cierta apariencia de casa religiosa, sobre todo cuando en 1852 colocó una gran cruz de hierro en la otra entrada de la misma calle.

A esta puerta acudió asiduamente el Hno. Gabriel para dar la bienvenida a las personas que se acercaban a la comunidad, sobre todo cuando se trataba de personas relevantes, pero también cuando los postulantes llegaban por primera vez y mantenía con ellos una larga conversación de discernimiento vocacional como lo establecía el *Nuevo Guía*. Todos los Hermanos recordaban después esos primeros momentos de acogida en la casa, como también la llegada de cada año para el retiro anual que estaba reglamentada de esta manera: “En conformidad con la Regla del Instituto, todos los Hermanos acudirán cada año a la Casa de Noviciado en la fecha indicada por el Superior General para las vacaciones y el retiro anual. A su llegada a la Casa de Noviciado, los Hermanos irán a depositar sus bultos, debidamente

etiquetados al recibidor o al lugar que les indique el Hermano portero. Por el camino más corto se dirigirán a la capilla para adorar al Santísimo, agradeciendo a Dios la feliz llegada y pidiéndole la gracia de pasar santamente las vacaciones y de comportarse bien en el Noviciado. En ese momento harán los propósitos que crean convenientes y los pondrán bajo la protección de la Sagrada Familia con una breve pero ferviente invocación. Al salir de la capilla, se dirigirán al despacho del Superior para presentarle sus respetos y para recibir los avisos que tenga a bien darles” (Circular de 1847). El recorrido completo dentro de la casa, que puede verse en la circular, representa casi un “camino de iniciación” que el Hermano debía recorrer cada año en el momento del retiro.

Podemos recordar además dos escenas (entre otras muchas) que se produjeron ante esta puerta.

La primera se refiere a los días de la revolución de 1848. El Hno. Federico dice: “Lo más que se hizo contra nuestra casa fue dar algunos gritos destemplados, reunirse pequeños grupos alrededor de ella, apedrear puertas y ventanas. Se celebraron algunas reuniones populares, presididas por el abogado Roselli Mollet, en nuestro comedor grande, cuya utilización no se atrevió a negar el Fundador. Durante una de estas reuniones, uno de los vicarios de la parroquia envió una notita al abogado, preguntándole qué opinión le merecían las congregaciones religiosas. Respondió que había algunas que no servían para nada y que había otras útiles, como la que había cedido el local para la reunión que estaban celebrando. A partir de aquel día no volvieron a apedrear las ventanas ni se oyó más grito de ¡abajo los Taborin!”

Y la segunda a la última salida de casa del Hno. Gabriel los primeros días de noviembre de 1864 para ir a hacer unos días de retiro a Lyon, como la cuentan las Efemérides de la casa Madre: “Día 3 El doctor Cyvoct viene por la mañana para volver a ver al Rvdo. Padre y le parece que puede ponerse en viaje. El coche está listo y espera a la puerta. El Sr. Párroco de Belley que tiene que hacer un viaje a Lyon, va en el mismo coche con el Hermano Celestino, que está encargado de acompañar a nuestro Rvdo. Padre en su viaje y de cuidarlo durante su estancia en Lyon. Los principales Hermanos de la Casa vienen en el momento de la salida a desear un feliz y saludable viaje al Rvdo. Padre y no es sin temor y aprensión que lo ven alejarse. Los corazones están inquietos; no se atreven entre ellos a intercambiar sus aprensiones y sentimientos”.

Conclusión

Existen todavía hoy otras puertas que el Hno. Gabriel atravesó varias veces, como la de la capilla de Santa Ana en Belleydoux o la del palacio episcopal de Belley. La intención de este escrito era detenerse en algunas de ellas para recordar ciertos momentos de paso, de transición, de transformación que el Hno. Gabriel vivió, como cada uno de nosotros.

Ante cada uno de esos momentos podemos preguntarnos cuál era la situación anterior del Hno. Gabriel, qué motivaciones lo animaban, qué circunstancias externas permitieron el paso y cuál fue la situación que se originó a partir de entonces.

Podemos dar un paso más midiendo nuestra experiencia de vida con la del Hermano Gabriel. Esto nos permitirá no solo tener un punto de referencia sino acostumbrarnos a entrar en su dinamismo interior, a tenerlo como maestro de vida, a armonizar nuestras motivaciones profundas, nuestros deseos, nuestras intenciones con las suyas de manera que la forma propia de vivir el evangelio que él tuvo inspire también la nuestra en la actualidad.

Belley, octubre de 2014
Hno. Teodoro Berzal